

Estructuras, sujetos y coyuntura: desequilibrios y arritmias en la historia

Jaime Osorio*

La articulación entre diferentes dimensiones de análisis de la realidad social, como los espesores o capas, el tiempo y el espacio, permite construcciones conceptuales diversas y encontrar diversos objetos de investigación. Aquí nos detendremos en el análisis de tres problemas para mostrar el papel heurístico de estas dimensiones y las diferencias que se alcanzan al privilegiar alguna de ellas: examinaremos críticamente las propuestas de Braudel y Marx en torno a la noción de estructura; haremos una aproximación a la definición de coyuntura y, por último, formularemos una hipótesis de solución a la siempre difícil conciliación entre estructuras y sujeto.

NOCIONES DE ESTRUCTURA



La propuesta braudeliiana

En Braudel prevalece una visión de estructura entendida como soporte físico, geográfico y cultural de la sociedad.

* Profesor investigador del Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana- Xochimilco.

“Buena o mala, —afirma Braudel— es ella (la estructura) la que domina los problemas de la larga duración”. En la figuración de sus características Braudel indica: “Para nosotros, los historiadores, una estructura es indudablemente un ensamble, una arquitectura; pero más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir”. Y agrega unos párrafos más adelante: “Parece que el ejemplo más accesible continúa siendo el de la coacción geográfica. El hombre es prisionero, desde hace siglos, de los climas, de las vegetaciones, de las poblaciones animales (...), repárese en la duradera implantación de las ciudades, en la persistencia de las rutas y de los tráficos, en la sorprendente fijeza del marco geográfico de las civilizaciones (...) Las mismas permanencias o supervivencias se dan en el inmenso campo de lo cultural” (Braudel, 1992: 70 y 71).¹

Importa destacar que en esta noción de estructura, la dimensión temporal y, dentro de ésta, la larga duración, juegan un papel clave elementos geográficos y culturales que permanecen por siglos.² El tiempo medio y el tiempo corto quedan relegados a planos secundarios. Braudel no ocultó estas preferencias teóricas: “Soy estructuralista por temperamento, con poca curiosidad por el acontecimiento, y sólo a me-

dias por la coyuntura, esta agrupación de acontecimientos del mismo signo” (Braudel, 1976: 795).

La débil ponderación del acontecimiento, frente al peso de la larga duración, queda reflejada en esta imagen braudeliana: “Conservo el recuerdo de una noche cerca de Bahía en que me encontré envuelto por un fuego de artificio de luciérnagas fosforescentes; sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, refulgían de nuevo, sin por ello horadar la noche con verdaderas claridades. Igual ocurre con los acontecimientos: más allá de su resplandor, la obscuridad permanece victoriosa” (Braudel, 1992: 27).

Pero la concepción de estructura en Braudel se vuelve más compleja cuando establece un cruce entre la dimensión temporal, con énfasis en la larga duración, y la dimensión espacial del análisis, con énfasis en las regiones y las macrorregiones. Esto es lo que le permite desarrollar la noción de economía-mundo, que considera el despliegue de la economía en un “espacio geográfico determinado”, en donde aparecen un “centro”, unas “zonas intermedias” y “ciertas zonas marginales muy amplias” (“subordinadas y dependientes, más que participantes”), organigrama que va variando en el tiempo.³

En la noción braudeliana de estructura, por tanto, prevalecen la dimensión temporal y la espacio-geográfica, en tanto los problemas del espesor, en donde se reclama pasar de la superficie (parcialidades o totalidades inmediatas) al

desarrollo de categorías teóricas que permitan reorganizar lo inmediato (nivel profundo), quedan en posiciones secundarias. Esto puede explicar el sesgo empirista del análisis, en detrimento del componente teórico.⁴ Esta suerte de debilidad conceptual en los trabajos de Braudel ha sido comentada por Ruggiero Romano, un hombre del círculo más cercano del director de los *Annales*. En referencia al libro *Civilización material, economía y capitalismo*, Romano señala la utilización de una definición tan vaga de capitalismo que parece una categoría “cuasi eterna de la historia de la humanidad” (Romano, 1997: 13).⁵

El desinterés teórico por los problemas del tiempo corto y la dificultad de encontrar las categorías con las cuales abordarlos desde el paradigma braudeliiano, tiene consecuencias serias en el análisis social. Porque no sólo se relega aquel tiempo y las relaciones que establece con los otros tiempos,⁶ sino, también, aquellos momentos particulares —las coyunturas— en los que la política y los sujetos sociales alcanzan un papel de la mayor importancia: los periodos en los cuales se activa su capacidad transformadora de las estructuras.

Esta forma particular de concebir la larga duración tiene consecuencias. A ello alude Chesneaux cuando indica que se ha puesto de moda un análisis de larga duración que concierne a “masas populares”, pero en donde prevalece una “historia pasiva”, ya que aquéllas son vistas en calidad de “seres que consumen, trabajan, inventan técnicas (...)

comen (...) viajan solos o en grupos; es decir *experimentan* su destino” (Chesneaux, 1990: 149; cursivas en el original). Tenemos entonces historias en donde los sujetos se reducen a sumas estadísticas o a expresiones costumbristas de una época.

Es éste un tipo de estudio que despolitiza el análisis, al enfatizar los elementos de continuidad, en desmedro de los factores de ruptura,⁷ y estos factores no se hacen presentes en tanto se abandona la relación del tiempo largo con el tiempo corto, y la relación de la larga duración con las coyunturas, es decir, con los momentos privilegiados de rupturas sociales. Al fin que, como se ha indicado, “hoy como ayer”, “*es (...) la unidad del tiempo largo y del tiempo corto la que define el verdadero campo político*” (Chesneaux, 1990: 150; cursivas en el original).

En este contexto, las transformaciones sociales pierden significación. Romano se pregunta:

¿la historia vive en la continuidad o en la discontinuidad? Esto es, la revolución francesa de 1789 o la rusa de 1917 representan una verdadera ruptura, un corte, una fisura, o más bien —tras la ruptura, corte y fisura—, ¿existe aún una profunda línea continua? Para Fernand Braudel no hay dudas: los grandísimos acontecimientos de la historia inciden, sí, sobre la estructura de sustentación mas ésta, a la larga, persiste. Por consiguiente, nos encontramos esencialmente ante una historia inmóvil. (Romano, 1997: 48).

El sesgo de la larga duración y del énfasis macrorregional (que se expresa en términos como el espacio-tiempo) también se hace presente en los análisis de Immanuel Wallerstein, uno de los más destacados discípulos de Braudel. A diferencia de éste, Wallerstein se apoya en un bagaje teórico más complejo, lo que le permite matizar sus visiones sobre la economía-mundo y el capitalismo. Mientras para Wallerstein “no hay más economía-mundo que la de Europa, fundada sólo a partir del siglo xvi” (Braudel, 1993: 89), para Braudel “desde la Edad Media e incluso desde la Antigüedad, el mundo ha estado dividido en zonas económicas más o menos centralizadas, más o menos coherentes, es decir, en diversas economías-mundo que coexisten” (Braudel, 1993: 90).⁸

Wallerstein logra una visión más historizada del capitalismo que Braudel. Su bagaje teórico le permite acotarlo en el tiempo. Esto favorece una revalorización de la emergencia de la economía-mundo capitalista, por lo que afirma que las dos “grandes divisorias en la historia del hombre” son la “revolución neolítica o agrícola” y “la creación del mundo moderno” (Wallerstein, 1979: 1, 7). La larga duración sigue siendo preponderante en el análisis, pero ya no es tan larga (o “casi eterna”) como en Braudel.⁹

A partir de una definición de sistema social que sólo incluye en la actualidad al sistema capitalista como economía-mundo,¹⁰ Wallerstein privilegia esta unidad en su análisis, por lo que pier-

den relevancia unidades menores que se encontrarían subsumidas o formarían parte de aquél.¹¹ A partir de esta unidad, los cambios que han acontecido —a lo menos del siglo xvi en adelante— sólo pueden ser pensados como cambios *en* el sistema. De esta forma, las transformaciones sociales acaecidas a partir del siglo xvi (llámense revolución francesa, rusa, china o cubana, por ejemplo), deben valorizarse (o desvalorizarse) en este contexto; no han logrado transformar *el* sistema social, la economía-mundo capitalista. Desde ese horizonte, “cada vez hay más dudas acerca de cuán revolucionarias son las revoluciones” (Wallerstein, 1990a: 413). Por otros caminos, en ciertos temas, Wallerstein termina en el mismo punto que Braudel: con una visión poco matizada de la historia.

Pero hay diferencias que no pueden despreciarse. Existe en Wallerstein una incorporación del tiempo medio (como los ciclos económicos de Kondratieff) más fino que en Braudel, que le permite medir los movimientos cíclicos del sistema, lo que junto a una posición más militante que la de aquél, le permite revalorizar los componentes políticos, como los movimientos antisistémicos (véase, por ejemplo Wallerstein, 1990).

Según Wallerstein, hoy vivimos un tiempo social privilegiado, en el que es posible la transformación del sistema social. Estos serían tiempos de crisis, término que “no debería ser degradado hasta convertirlo en un mero sinónimo de *cambio cíclico*. Debería reser-

vase para aquellas épocas de tensión dramática que son algo más que una coyuntura y marcan un hito en las estructuras de *longue durée*” (Wallerstein, 1979: II, 11; cursivas en el original). Por ello, “la crisis de la que estamos hablando es la del fallecimiento de la economía-mundo capitalista” (Wallerstein, 1983: 14).

El interés por lo macrotemporal y lo macros espacial provoca en Wallerstein que los conceptos alcancen una enorme dilatación. Así, por ejemplo, en su análisis de la modernidad y a partir de una laxa definición de liberalismo, Woodrow Wilson, Roosevelt, Lenin y Stalin son, simplemente, diversas manifestaciones del liberalismo.¹² En la larga noche de la historia todos los gatos terminan siendo negros, perdiéndose la capacidad de distinguir los matices teóricos e históricos de superficie y estructura, y del tiempo largo, medio y corto.

La propuesta marxista

En el análisis de Marx, la noción de estructura que se privilegia es el modo de producción. El señalamiento más sintético al respecto se encuentra en el *Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política*. Allí Marx señala que “en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas pro-

ductivas materiales”. Y agrega unas líneas más adelante: “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general” (Marx, 1980c: 517 y 518).

La dimensión espesor de la realidad social y, dentro de ella, una concepción de estructura en el nivel profundo que debe ser capaz de reconstruir la totalidad social, junto con la dimensión temporal en tanto historicidad de los modos de producción, prevalecen por sobre la dimensión espacial en la visión más global de Marx.

No es que Marx no tuviera conciencia de la dimensión espacial. Por ello escribió que “la primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes”, para agregar que “no podemos entrar a examinar aquí (...) ni la contextura física de los hombres mismos ni las condiciones naturales con que los hombres se encuentran: las geológicas, las oro-hidrográficas, las climáticas y las de otro tipo. Toda historiografía tiene necesariamente que partir de estos fundamentos naturales y de la modificación que experimentan en el curso de la historia por la acción de los hombres” (Marx, 1980b: 14).

En esta primera visión de estructura se busca enfatizar los elementos que expliquen la historia general del hombre en sociedad o cómo los hombres hacen historia, en los que la categoría modo de producción juega un papel central. Pero existe una noción más acotada

temporalmente, referida propiamente al modo de producción *capitalista*, cuyo desmenuzamiento y reconstrucción se realiza principalmente en *El Capital*.

Pasemos a una exposición de las diversas unidades de análisis de la realidad social presentes en el marxismo, como resultado del cruce de las diversas dimensiones: espesor, tiempo y espacio.

Las unidades de análisis en el marxismo

Desde la propuesta de Marx se pueden distinguir cinco unidades de análisis de la realidad social, en las cuales confluyen de maneras diversas las dimensiones hasta aquí analizadas. Ellas son la estructura o modo de producción, el modo de producción capitalista, el sistema mundial, la formación social y la coyuntura.

En tanto a nivel de la estructura o modo de producción se trata de descifrar las bases sobre las que se desarrolla y organiza la reproducción material, los conglomerados sociales que de allí se desprenden (clases sociales) y, por tanto, las bases de los enfrentamientos sociales (o lucha de clases), en los niveles más de superficie la tarea es descifrar la dinámica que asumen estos procesos, su despliegue en el espacio y el tiempo y su capacidad de incidencia en la reproducción y transformación de las estructuras.

Ya hemos señalado que en la noción de modo de producción el análisis marxista privilegia las dimensiones espesor y temporalidad. El modo de producción permite comprender y periodizar el mo-

vimiento de la historia social (que, dicho sea de paso, no tiene nada de sucesión lineal de modos de producción). Estas mismas dimensiones son las que permiten la reconstrucción del modo de producción *capitalista*.

Es en la noción de sistema mundial capitalista en donde emerge la dimensión espacial, poniéndose énfasis en el despliegue macrorregional, regional y local del capitalismo. En esta unidad, por tanto, se reclama una integración de las tres dimensiones de desconstrucción-reconstrucción de la totalidad social: los espesores, la temporalidad y lo espacial.

Esta síntesis de las tres dimensiones también se hace presente en la formación social: aquí se considera el capitalismo en un espacio regional, historizado. La coyuntura, por su parte, privilegia las dimensiones temporal (tiempo corto) y de espesor (superficie). La distinción de niveles y dimensiones permite comprender la variedad de problemas posibles de abordar y la riqueza de categorías que reclama el análisis.

En general, a pesar de esta riqueza de elementos teóricos y metodológicos se hace presente en el marxismo una cierta tendencia a privilegiar los niveles más abstractos y generales, mostrando dificultades para aprehender fenómenos de corta duración y de superficie, los fenómenos de coyuntura¹³ y los que se expresan en espacios locales. Teóricamente es más cómodo permanecer en los grandes niveles y en las categorías y articulaciones generales que dar cuenta de procesos y fenómenos más

específicos. Así, un error recurrente desde esta perspectiva analítica, al no realizarse las mediaciones conceptuales y metodológicas que se requieren, es que las estructuras, la larga duración y los grandes espacios regionales terminen aplastando a las coyunturas y a los procesos en dimensiones locales.

LA COYUNTURA COMO CONDENSACIÓN DE TIEMPOS Y ESPESORES

Las arritmias en los movimientos de la sociedad

La sociedad no se mueve siempre con el mismo ritmo. A diferencia del tiempo cronológico o físico, que es homogéneo y continuo, el tiempo social se dilata y se condensa, provocando que en cierto momentos de la vida social pareciera que no ocurre nada y que en otros suceda todo, o casi todo.

Entre las “capas” o espesores de la realidad social, el nivel profundo por lo general no se manifiesta de inmediato. Se encuentra velado por el espesor de superficie. Pero en momentos especiales, los espacios entre superficie y nivel profundo se reducen, los velos se rompen y los procesos profundos irrumpen en la superficie.

Todo esto nos pone ante un asunto central: los movimientos y ciclos de la sociedad no son homogéneos y presentan arritmias que el análisis debe ser capaz de captar. Aquí se hace necesario introducir la noción de coyuntura,

una categoría clave para captar la discontinuidad y la arritmia social en la historia.

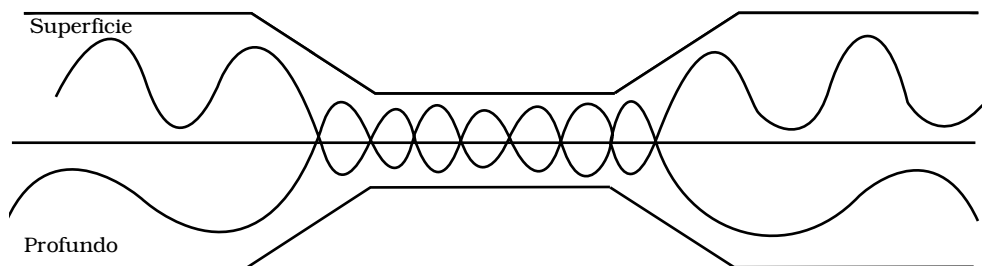
La coyuntura

La relación entre las dimensiones espesor y temporalidad nos permite definir la noción de coyuntura. Hablamos de coyuntura cuando nos referimos al nivel más inmediato de la realidad social, el espesor de superficie, y a un segmento de tiempo corto específico, aquél en el que se condensa tiempo social. Una coyuntura, por lo tanto, es un cruce entre aquellas dos dimensiones de la totalidad social.

Al igual que no hablamos de cualquier tiempo corto, la coyuntura tampoco se refiere a cualquier momento del espesor de superficie, sino a aquél en el cual las estructuras y la superficie tienden a condensarse, esto es, a reducir la distancia que en tiempos normales las separa, por lo que se elimina—en mayor o menor medida— la opacidad de la superficie, y ésta gana en capacidad de develar los procesos estructurales. O, dicho de otro modo, la estructura irrumpe en la superficie societal, quedando más o menos desnuda.

En síntesis, una coyuntura es una condensación particular de espesores de la realidad y de tiempo social, en donde los procesos profundos y de la larga duración se hacen visibles en la superficie y en el tiempo corto. De manera gráfica, la coyuntura se expresa así:

GRÁFICA 1
Condensación del tiempo social y de los espesores en la coyuntura



Los ritmos de la larga duración se intensifican en momentos de condensación de tiempo social, para toparse con los que presenta el tiempo corto. Los procesos profundos, a su vez, se aproximan a la superficie y quedan expuestos a ser develados y transformados. En otras palabras, la estructura se convierte en una unidad visible y manejable en la superficie y en el tiempo corto.

La condensación de tiempo social es mayor en periodos de crisis social y mucho más si esas crisis sociales alcanzan el rango de crisis revolucionarias, esto es, cuando está puesta a la orden del día la posibilidad de modificar las estructuras de la sociedad. Estos no son momentos permanentes. Son momentos históricos particulares de las sociedades.

Un elemento significativo en las coyunturas es la síntesis de procesos de variada naturaleza (económicos, sociales, políticos y culturales) en el campo de la política. Los cambios en las correlaciones de fuerza entre las clases y

las fracciones se convierten en el punto nodal del análisis político. Ello es así porque en las coyunturas lo que tenemos es una intensificación de la lucha por el poder político.

De aquí se deriva un problema central del análisis de coyuntura: elaborar los instrumentos conceptuales y metodológicos que hagan posible medir y calibrar los cambios en las correlaciones de fuerza entre clases sociales, fracciones y sectores.

El problema es teóricamente complejo y difícil de operar con él. La sociedad es una entidad tremendamente compleja y heterogénea y, además, las clases sociales (y sus diversas fracciones y sectores) tienden a hacer política a través de múltiples instrumentos de representación, lo que complica el análisis.

Pero en situaciones de crisis revolucionarias los heterogéneos conglomerados que existen en la sociedad tienden a conformar grandes bloques. En momentos así las sociedades se polarizan,

estableciéndose un reordenamiento de fuerzas en donde la gran heterogeneidad social apunta a simplificarse en sus expresiones políticas.

Esto exige contar con categorías que permitan comprender la condensación de fuerzas sociales. Por lo pronto, puede mencionarse que conceptos como los de bloque en el poder, alianza de clases, hegemonía, escena política, clase reinante, clase política, fuerza social, etcétera, pueden ser útiles.¹⁴

El develamiento de las estructuras en la superficie y la estrecha articulación de tiempos de larga y corta duración es lo que hace de las coyunturas (y más de las coyunturas revolucionarias) momentos particularmente relevantes para el análisis: los procesos sociales se presentan al investigador de manera intensa y con menor opacidad que la acostumbrada. De esta forma, esta unidad se convierte en un segmento privilegiado del análisis social.

Desde la perspectiva que aquí se indica es necesario distinguir la coyuntura del acontecimiento. La primera ya la hemos caracterizado. El acontecimiento, por su parte, es más bien un elemento puntual significativo (el asesinato de un personaje, por ejemplo), que puede —o no— dar inicio a una coyuntura. Estas nociones se apartan de cómo son concebidas en el esquema teórico de Braudel, para quien el acontecimiento se identifica con el tiempo corto y la coyuntura con el tiempo medio. La no distinción conceptual entre tiempo corto y acontecimiento es una

de las causas por las cuales Braudel, en su afán de hacer un nuevo tipo de historia, que vaya más allá de los simples acontecimientos, termine desvalorizando el tiempo corto y los procesos que en ese periodo alcanzan significación.

Los esquemas teóricos permiten abordar con mayor o menor éxito los procesos de continuidad social y de ruptura. Algunos ponen énfasis en la continuidad y están menos preparados para analizar el cambio, por lo que tienden a asumir las transformaciones como procesos ajenos a la propia dinámica societal, o bien asumen el cambio *en* las estructuras, teniendo dificultades para comprender el cambio *de* las estructuras.

Otros esquemas privilegian las rupturas y tienden a estar menos preparados para analizar la continuidad. Pero aun asumiendo que el cambio es permanente, la realidad social cuenta con procesos que se despliegan en espesores y temporalidades en donde, en determinadas condiciones, la continuidad prevalece. Por ejemplo, patrones culturales que permanecen a pesar de grandes transformaciones sociales.

Existen a lo menos dos tipos de coyunturas: unas en donde los cambios en las correlaciones de fuerza favorecen modificaciones en la situación de las clases sociales, pero sin alterar radicalmente la relación existente entre clases dominantes-clases dominadas, como los cambios al interior de estos conglomerados sociales; y otras, las coyunturas revolucionarias, en donde los cambios en las correlaciones de fuerza

permiten modificar sustantivamente aquella relación.

Sobre estas bases se deben discutir las visiones que entienden la historia como una sumatoria de coyunturas, una formulación que introduce confusiones a lo menos en los siguientes problemas:

1. La historia social es heterogénea, discontinua y presenta momentos con distintos ritmos sociales. *La propuesta de una sumatoria de coyunturas apunta a una idea de historia continua y con un ritmo constante.*
2. La coyuntura es un momento particular de las sociedades, aquél en el cual el ritmo societal se acelera y en el que se hace posible un cambio en las relaciones de fuerza entre las clases y cambio de las estructuras. Momentos como éstos no están presentes todos los días en las sociedades. *Suponer a la coyuntura como unidad de la historia lleva a pensar que los tiempos sociales son tiempos de permanente revolución.* Por otro lado, apunta a perder de vista la especificidad de la coyuntura.

Estos argumentos sirven a su vez para cuestionar las visiones en donde la historia aparece como una combinación de tiempos que se funden en la larga duración y en donde ésta es la que prevalece.¹⁵

ESTRUCTURAS Y SUJETOS: UNA RELACIÓN DESEQUILIBRADA

¿Qué elementos deben prevalecer en el análisis: las estructuras o los sujetos? Cuando nos referimos a los sujetos, ¿de quiénes hablamos?: ¿de clases sociales?, ¿de movimientos sociales? ¿de individuos?

En las preguntas anteriores se encierra un cúmulo de problemas centrales en el análisis social, que nos enfrentan a “la crucial ambivalencia de nuestra presencia humana en nuestra propia historia, en parte como sujetos y en parte como objetos...” (E. P. Thompson, citado por Anderson, 1985: 18). Las distinciones entre diversos espesores y periodizaciones nos permiten desagregar algunos problemas referidos a la relación estructura-sujeto.

Frente a esa relación, los análisis sociales pueden moverse en la siguientes polos: por un lado, estudios en donde desaparecen los sujetos (individuales y colectivos), por lo que tenemos procesos puramente estructurales o sistémicos. Las estructuras no sólo ocultan a los sujetos, sino que literalmente terminan aplastándolos,¹⁶ o reduciéndolos a entorno de un sistema.¹⁷ Y por otra parte, estudios en los que las estructuras y sus determinaciones quedan excluidas y nos enfrentamos a actores (individuales o colectivos) que actúan flotando en el aire, suponiéndolos capaces de hacer la historia que quieran.¹⁸

De cara a esta polarización, habría que afirmar que en ningún caso, cual-

quiera sea el espesor o cualquiera la periodización, debe desaparecer la relación estructura-sujeto. Sin embargo, es importante considerar que *los sujetos y la noción de sujetos se redefine en función del espesor y de la temporalidad asumida*, por lo que no siempre, en cualquier nivel y en cualquier tiempo, estamos haciendo referencia a los mismos actores.

En las estructuras, lo que tenemos son grandes agrupamientos sociales, sujetos colectivos. Y ello es así porque en este nivel lo que importa son los cimientos de la organización societal, por lo que se destacan los agrupamientos humanos que de allí se derivan. Por tanto, en este espesor las historias individuales y los actores individuales no encuentran buena ubicación. Las clases sociales son quizá el más conocido y útil de los sujetos a este nivel de análisis.

Es en la coyuntura (y en el espesor inmediato, la formación social) en donde los actores individuales no sólo adquieren visibilidad sino que pasan a ocupar un papel destacado para comprender la dinámica de los procesos sociales. Hitler, por ejemplo, le otorgó al nazismo una impronta particular con su liderazgo. Sin embargo, el realce del papel de los individuos no implica abandonar la noción de los agrupamientos sociales mayores. Al fin y al cabo, para seguir con el ejemplo, el nazismo respondió a procesos de la sociedad alemana que rebasaban la personalidad de Hitler y permitió, entre otras cosas, el fortalecimiento de los grandes pro-

ductores de acero y armas alemanes. El análisis social no puede reducirse a la acción de actores individuales.

Muchos ordenamientos que podemos realizar en la superficie y en el corto plazo adquieren sentido cuando los engarzamos con la estructura y con el tiempo largo. De esta forma, los actores sociales, sean individuos o colectivos, ya no aparecen sin referentes a elementos duros de la complejidad social, y sus acciones tienden así a ganar sentido, incluso para comprender la distancia que pueden ganar por sobre los factores estructurales.

Pero debemos avanzar algunos pasos más en el desciframiento de la relación estructuras-sujetos. *Las estructuras y los sujetos mantienen en la historia una relación desequilibrada*: hay tiempos sociales en donde prevalece uno y tiempos sociales en donde prevalece otro. *La historia no es una relación de equilibrio entre estos elementos*, en donde, al mismo tiempo, ambos mantienen la misma preponderancia.

En momentos normales, en donde el tiempo social se dilata y se mueve con la cadencia de lo cotidiano, de lo previsible de un día con otro, los hombres tienden a organizar su vida social en torno a rutinas dentro de espacios sociales acotados; por ejemplo, hay que trabajar para sobrevivir. Entre los factores sustantivos, las condiciones de clase determinan, en líneas gruesas, las modalidades de sobrevivencia y el tipo de actividades dentro de las cuales se trabaja. La libertad también se ejerce

en espacios sociales específicos: se puede elegir dónde trabajar, pero si se es obrero el rango de opciones es más o menos limitado a esa situación social. Existe libertad respecto a cómo ocupar el tiempo libre, pero las posibilidades de uso de ese tiempo también estarán marcadas en lo fundamental por la condición social. Así, para un obrero, la opción de irse de vacaciones al Caribe no existe como posibilidad de elección real.

De esta forma, *en tiempos sociales dilatados, las estructuras tienden a prevalecer sobre los sujetos*, fijando un cierto espacio de acción social.¹⁹ Y esos son los tiempos cronológicos que tienden a prevalecer en la vida de la mayoría de los hombres.

La situación es distinta en momentos de tiempos sociales condensados y de condensación de los espesores de la realidad social, en definitiva, en las coyunturas. Aquí, los sujetos muestran toda su capacidad de hacer historia, de recrear historia, rebasando los límites que imponen las estructuras. En la revolución mexicana, por ejemplo, muchas mujeres rompieron con las ataduras que las amarraban a la cocina y a la vida hogareña, y se unieron a campesinos para dar vida a los ejércitos agraristas. Llegaron lejos en su arremetida contra las estructuras: se cruzaron cananas en el pecho y tomaron las armas, y vivieron su sexualidad de una manera distinta a la que prevalecía en la época.

Acontecimientos extraordinarios como el ejemplo anterior son recurrentes en las coyunturas. En estos tiempos

sociales los sujetos desarrollan capacidades que les permiten pasar de reproductores de estructuras, que es lo que ocurre en tiempos sociales dilatados, a creadores de estructuras. *En las coyunturas los sujetos prevalecen sobre las estructuras.*

Sin embargo, no debe olvidarse que éstos son momentos de gran condensación de tiempo social y son reducidos desde el punto de vista del tiempo cronológico en la vida de la mayoría de los hombres y de las sociedades. No en todo momento los sujetos están en condiciones de modificar radicalmente las condiciones sociales de su existencia, ni las sociedades de revolucionarse.

A MODO DE CONCLUSIÓN: DETERMINISMO Y VOLUNTARISMO

Los elementos considerados permiten ponderar de mejor manera los esfuerzos teóricos por reivindicar el papel del sujeto en la historia, tema que de manera recurrente vuelve a ganar vida en la historia de las ciencias sociales. Se puede afirmar que cualquiera sea la dimensión del análisis que realicemos, los sujetos deben hacerse presentes. En unos casos hay mejores condiciones para observar sujetos colectivos; en otros, sujetos individuales. Sin embargo, ello no puede suponer que los sujetos están en condiciones de escribir cualquier historia en cualquier momento. Con Marx podríamos decir que “los hombres hacen su propia historia, pero no la

hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y que les han sido legadas por el pasado” (Marx, 1980: 408).

El peso diferenciado que alcanzan las estructuras y los sujetos, en distintos momentos, permite comprender las críticas formuladas al marxismo, en tanto teoría determinista, por un lado, y teoría voluntarista, por otro. Marx se ubicaría en el primer sesgo y Lenin sería el mejor ejemplo del segundo. Sin embargo, lo que está presente en el marxismo es la posibilidad de integrar en su cuerpo teórico el papel de las estructuras y los sujetos y comprender las razones del desequilibrio en su relación.

Marx y Lenin están preocupados por la transformación societal. El primero enfatiza en su análisis las determinaciones de cómo los hombres hacen historia y cómo emergen contradicciones que posibilitan las transformaciones sociales, a partir de los enfrentamientos entre los que considera conglomerados sociales fundamentales para entender el cambio: las clases sociales. Lenin, por su parte, acentuará el análisis de aquellos elementos que hacen posible a los hombres crear coyunturas y convertirlas en detonantes de nuevas organizaciones societales.²⁰

Desde esta perspectiva, el “determinismo” de Marx y el “voluntarismo” de Lenin no responden a dos visiones distintas del marxismo, que se excluyen. Son dos caras de un paradigma de aná-

lisis que integra el tiempo social dilatado y el tiempo social condensado, acerca de cómo uno y otro se intervienen mutuamente, del peso de las estructuras y de las posibilidades revolucionarias de los sujetos.

NOTAS

- ¹ Carlos Aguirre puntualiza que junto a la geografía y el clima, la estructura incorpora los elementos de la “civilización material” o “vida material”, tales como “los movimientos de población”, “el tipo de productos susceptibles de ser creados”, “el carácter de los objetos de trabajo, de los materiales para la construcción, de los instrumentos, de las fuentes de energía disponibles para los procesos productivos o la especificidad de la relación entre el campo y la ciudad” (véase Aguirre, 1990: 41).
- ² Para una interesante exposición del sentido teórico y epistemológico de la propuesta braudeliana de larga duración (véase Aguirre, 1995).
- ³ Véase Braudel, 1993, en especial el capítulo III, “El tiempo en el mundo”.
- ⁴ Utilizo la noción de empirismo para destacar el uso de datos e información, pero sin un cuerpo conceptual desarrollado en donde aquéllos alcancen explicación. A esto se refiere Jean Chesneaux, pertinente al análisis braudeliano, cuando indica que “se acumularán las informaciones sobre la alimentación en el siglo XVII, pero el lector apenas sabrá quién come bien y quién come mal, ni *por qué...*” (Chesneaux, 1990: 149-150).
- ⁵ En relación con la configuración de un “capitalismo en potencia”, Braudel señala acuerdos con autores que van desde los que ubican sus orígenes en el mundo babilónico, hasta los que lo insertan en el siglo XIII. Junto a esta indefinición, Romano descubre “una

cierta confusión” en el término *mercado* empleado por Braudel, y le parece “que el capitalismo de Braudel (...) contiene un vínculo demasiado estrecho (y, una vez más, demasiado “eterno”) entre poder económico y poder *tout court*” (véase Romano, 1997: 14-16).

⁶ La tercera parte de *El Mediterráneo* (Los acontecimientos, la política y los hombres) está referida al tiempo corto, con énfasis en los elementos políticos y militares, pero, a juicio de Romano, se descuida los elementos económicos y sociales de este tiempo. Lo más serio es que no aparecen en esta obra *las relaciones* entre la larga duración (factores geográficos y climatológicos), la historia coyuntural (factores sociales y económicos) y la historia *événementielle* (factores políticos y militares). Véase Romano, 1997, en especial el capítulo III, “La Mediterranée”: 61-79.

⁷ En los estudios sobre la alimentación en el siglo XVII —a los que se refiere Chesneaux y a los que hemos hecho referencia anteriormente— “se acumularán las informaciones (...) pero el lector apenas sabrá quién come bien y quién come mal, ni *por qué*, ni el papel del hambre y de la saciedad y en el equilibrio de las fuerzas políticas y en las luchas de clases” (Chesneaux, 1990: 149-150; cursivas en el original).

⁸ Ésta es una de las consecuencias de la ambigua definición de capitalismo en Braudel, que convierte a éste en una categoría “cuasi eterna”, al decir de Romano (véase Romano, 1997: 13).

⁹ “El moderno sistema, mundial tomó la forma de una economía-mundo capitalista” en el “largo siglo XVI” y “tuvo su génesis en Europa” (véase Wallerstein, 1979: II, 12).

¹⁰ “Hemos insistido en que la moderna economía-mundo es, y sólo puede ser, una economía mundo-capitalista” (Wallerstein, 1979: I, 494).

¹¹ “...los únicos sistema sociales reales son, por una parte, las economías relativamente pequeñas, altamente autónomas, de subsistencia (...); y, por otra

parte, los sistemas mundiales” (Wallerstein, 1979: I, 490).

¹² Wallerstein, 1996; en especial los capítulos 4: 75-94, “¿Tres ideologías o una? La seudobatalla de la modernidad”, y 13: 731-249, “El colapso del liberalismo”.

¹³ Esta dimensión del análisis quizá sólo fue asumida de manera creativa por algunos clásicos del marxismo, como Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo y concluyó con Gramsci. De allí en adelante es difícil mencionar algún nombre, en el campo del marxismo, que haya abordado el análisis de coyuntura con la riqueza de los autores antes mencionados.

¹⁴ Un análisis de estas y otras categorías, puede encontrarse en el libro de Nicos Poulantzas (1969). Estas categorías quizá siguen siendo demasiado gruesas para la fineza que reclama el análisis de coyuntura, pero nos aproximan al problema.

¹⁵ “Entre los diferentes tiempos de la historia —escribe Braudel— la larga duración se presenta, pues, como un personaje embarazoso, complejo, con frecuencia inédito. Admitirla en el seno de nuestro oficio no puede representar un simple juego, la acostumbrada ampliación de estudios y de curiosidades. (...) Para el historiador, aceptarla equivale a prestarse a un cambio de estilo, de actitud, a una inversión de pensamiento, a una nueva concepción de lo social. (...) La totalidad de la historia puede, en todo caso, ser replanteada como a partir de una infraestructura en relación a estas capas de historia lenta. Todos los niveles, todos los miles de niveles, todas las miles de fragmentaciones del tiempo de la historia, se comprenden a partir de esta profundidad, de esta semiinmovilidad: todo gravita en torno a ella” (Braudel, 1992: 74).

¹⁶ “Cuando pienso en el individuo, me siento siempre inclinado a verlo prisionero de un destino en el que él tiene poco que hacer, fijo en un paisaje en el que las infinitas perspectivas del largo plazo se pierden en la distancia (...)” (F. Braudel, citado por Stuart Clark, 1988: 175).

- ¹⁷ Como ocurre en la propuesta sistémica de Niklas Luhmann, que conduce a “un concepto de sociedad radicalmente antihumanístico” (véase de Luhmann y De Georgi, 1993: 33).
- ¹⁸ No es ajena esta imagen a la visión liberal del mundo, en donde se supone que todos podemos ser Rockefeller, si nos lo proponemos y aprovechamos las oportunidades. Pareciera que no hay nada que ponga límites a esa meta, que no sea nuestro esfuerzo y nuestro trabajo, y quizá, un poco de suerte.
- ¹⁹ Tema que no contempla, por ejemplo, la escuela del *public choice*. Aquí los hombres buscan maximizar beneficios, pero sin contextos. Al asumir como un dato dado el problema de las diferencias sociales, este cuerpo teórico se desentiende muy fácilmente del problema (véase Buchanan y Tullock, 1993).
- ²⁰ Esto no significa avalar las propuestas leninistas en materia de organización política. Simplemente queremos destacar el énfasis sobre las posibilidades de acción de los sujetos sociales en su análisis.
- BIBLIOGRAFÍA**
- Aguirre, Carlos
 1986 “Hacer la historia, saber la historia: entre Marx y Braudel”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 48, octubre-diciembre, México.
 1990 “Entrevista a Fernand Braudel en sus ochenta años de vida”, en *Ensayos*, núm. 122, División de Estudios de Posgrado-Facultad de Economía-Universidad Nacional Autónoma de México, México.
 1995 “La larga duración: *in illo tempore et nunc*”, en *Segundas Jornadas Braudelianas*, Instituto Mora-Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Anderson, Perry
 1985 *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Siglo XXI, Madrid.
- Bagú, Sergio
 1970 *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Siglo XXI, México.
- Bloch, Marc
 1952 *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Braudel, Fernand
 1976 *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 2 tomos.
 1992 *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, México.
 1993 *La dinámica del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México (primera reimpresión) [1984].
- Buchanan, J. y Tullock, G.
 1993 *El cálculo del consenso*, Planeta, Barcelona.
- Clark, Stuart
 1988 “Los historiadores de *Annales*”, en Quentin Skinner (comp.), *El retorno de la gran teoría*, Alianza Editorial, Madrid.
- Chesneaux, Jean
 1990 *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Siglo XXI, México (undécima edición) [1977].
- Elias, Norbert
 1989 *Sobre el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Hiernaux, Daniel
 1991 “En la búsqueda de un nuevo paradigma regional”, en Blanca Ramírez (coord.), *Nuevas tendencias en el análisis regional*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Luhmann, Niklas y Raffaele De Georgi
 1993 *Teoría de la sociedad*, Universidad de Guadalajara/Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México.
- Marx, Karl
 1971 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, tomo I, Siglo XXI, México.
 1973 *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 3 tomos (séptima reimpresión).

- 1980 *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en *C. Marx-F. Engels Obras Escogidas*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 3 tomos.
- 1980a *El manifiesto comunista*, en *C. Marx-F. Engels Obras Escogidas*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 3 tomos.
- 1980b *La ideología alemana*, en *C. Marx-F. Engels Obras Escogidas*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, tres tomos.
- 1980c *Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política*, en *C. Marx-F. Engels Obras Escogidas*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, tres tomos.
- Poulantzas, Nicos
- 1969 *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI, México.
- Ramírez, Blanca (coord.)
- 1991 *Nuevas tendencias en el análisis regional*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Wallerstein, Immanuel
- 1979 *El moderno sistema mundial, Siglo XXI*, México, 2 tomos.
- 1983 “La crisis como transición”, en Samir Amin et al., *Dinámica de la crisis global*, Siglo XXI, México.
- 1990 “1968, revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes”, en I. Wallerstein et al., *El juicio al sujeto*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Porrúa, México.
- 1990a “Análisis de los sistemas mundiales”, en Anthony Giddens et al., *La teoría social hoy*, Grijalbo/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- 1996 *Después del liberalismo*, Siglo XXI, México.